

carta en que le noticiaba mi resolucion. Partí en uno de aquellos momentos en que nos entregamos al destino, en que todo parece preferible á la esclavitud, al disgusto y al tedio; en que la juventud irreflexiva se fia del porvenir, y lo ve en el cielo como una estrella brillante que le promete suerte feliz.

CAPITULO IV

Al perder de vista las costa de Inglaterra, me asaltaron pensamientos mas inquietos; pero como no habia dejado allí ningun cariño muy íntimo, presto me consolé llegando á Liorna con todo el encanto de Italia. A nadie dije mi nombre verdadero, segun se lo prometí á mi madrastra; y adopté el de Corina, agradable á mi oido por la historia de una mujer griega, amiga de Píndaro (1). Mi figura habia mudado tanto, conforme se iba desenvolviendo, que estaba segura de no ser conocida; viví bastante sola en Florencia, y debia suponer lo que ha sucedido, esto es, que nadie sabria en Roma quién era. Mi madrastra me escribió habia propa-

(1) No debe confundirse el nombre de Corina con el de Corilla, improvisadora italiana, de quien todos han oido hablar. Corina era una Griega, famosa en la poesia lirica, de quien el mismo Píndaro recibió lecciones.

gado la voz de que los médicos me ordenaron hacer un viaje al mediodía para restablecer mi salud, añadiendo luego que habia muerto en el camino. No contenia su carta ninguna reflexion; me remitió con suma puntualidad todo mi caudal, bastante cuantioso, pero no me ha vuelto á escribir. Cinco años pasaron desde el momento de que hablo, hasta el instante en que os ví la primera vez; cinco años bastante venturosos, durante los cuales vine á establecerme en Roma, creció mi reputacion, las bellas artes y la literatura me dieron mas deleites solitarios que aplausos, y no conocí, hasta veros, todo el imperio que puede tener la pasion: mi fantasia daba y quitaba algunas veces colores á mis ilusiones, sin causarme amargos pesares; todavía no me señoreaba un cariño capaz de dominarme. La admiracion, el respeto, el amor, no aprisionaban todas las potencias de mi alma; concebía, aun amando, mas prendas y mas atractivo; en fin, permanecía superior á mis propias impresiones, en lugar de rendirme á ellas.

No exijais os cuente como dos hombres, cuya pasion á mí se ha manifestado harto, ocuparon sucesivamente mi vida ántes de conoceros; seria preciso violentar mi convencimiento íntimo para persuadirme ahora que otro ha podido interesarme, y siento de ello tanto arrepentimiento como dolor. Solamente os diré lo que ya habeis sabido por mis amigos; mi existencia independiente era para mí

tan agradable, que despues de largas vacilaciones y penosas escenas, rompí dos veces los lazos que la necesidad de amar me hizo contraer, y que no pude resolverme á hacer indisolubles. Un gran señor alemán quiso ser mi esposo, y llevarme á su patria, donde le obligaban á residir su clase y su hacienda : un príncipe italiano me ofreció en Roma mismo la mas espléndida fortuna. El primero logró agradarme, inspirándome la mayor estimacion; pero con el tiempo advertí la escasez de sus luces : cuando estábamos solos me costaba mucho trabajo mantener la conversacion, y ocultarle sus faltas : no me atrevia, hablando con él, á manifestar lo que puedo ser, por miedo de incomodarle; preví la tibieza de su pasion al momento que le tratase con ménos miramiento, y es, no obstante, difícil conciliar el miramiento con la estimacion. Las contemplaciones de una mujer por una inferioridad sea cual fuere, en un hombre, siempre suponen mas compasion que amor; y la especie de cálculo y de reflexion que exigen desfiguran la celestial naturaleza de una pasion involuntaria. El príncipe italiano tenia un entendimiento fecundo y lleno de gracia : queria establecerse en Roma; participaba de todas mis inclinaciones, y gustaba de mi modo de vivir; pero noté en una ocasion importante que carecia de fortaleza de alma, y conocí que en las circunstancias delicadas de la vida habia yo de alentarle y sostenerle; desde entónces huyó el amor, porque las mujeres

necesitan apoyo, y no hay cosa que tanto las entibie como verse precisadas á darle. Dos veces, pues, me desengañó de mis sentimientos, no por desgracias ni por errores, sino porque la observacion me descubrió lo que la imaginacion me habia ocultado.

Creíme destinada á no amar nunca con todo el poder de mi alma : á veces me afligia esta idea, pero mas frecuentemente celebraba ser libre; temia en mí esta facultad de padecer, esta naturaleza apasionada que amenaza mi felicidad y mi vida; mas siempre me tranquilizaba pensando era difícil aprisionar mi razon, y no creia que jamas correspondiese nadie á la idea que yo formaba del carácter y del entendimiento de un hombre : siempre esperaba escaparme del dominio absoluto de una pasion, notando algunos defectos en el objeto que me agradara; ignoraba que hay defectos capaces de aumentar el amor por la misma inquietud que causan. Osvaldo, la melancolía, la incertidumbre que os desalientan en todo, la severidad de vuestras opiniones alteran mi reposo sin entibiar mi cariño: pienso muchas veces que este cariño no me ha de hacer feliz; pero entónces juzgo de mí, no de vos.

Ya sabeis la historia de mi vida; el abandono de Inglaterra, mi mudanza de nombre, la inconstancia de mi corazon, nada he disimulado. Sin duda juzgareis que la imaginacion me ha extraviado frecuentemente; pero si la sociedad no aprisionase á las mujeres con vínculos de todas clases, de que están

libres los hombres, ¿ qué habria en mi vida que impidiese amarme ? ¿ engañé nunca ? ¿ hice nunca mal ? ¿ amancillóse mi alma con intereses vulgares ? Sencillez, bondad, pundonor, ¿ perderá Dios mas á la huérfana sola en el mundo ? ¿ Dichosas las mujeres que hallan á sus primeros pasos en la vida al que siempre deben amar ! ¿ Pero lo merezco yo ménos por haberle conocido harto tarde ?

Sin embargo, os lo diré, milord, y creereis mi franqueza ; si pudiese pasar mi vida á vuestro lado, y no ser vuestra esposa, me parece, á pesar de perder una gran ventura, y una gloria, la mayor de todas á mis ojos, que no quisiera unirme á vos. Quizá este matrimonio es para vos un sacrificio ; quizá un día os acordareis con dolor de esa hermosa Lucila, mi hermana, á quien vuestro padre os destinó : es doce años mas jóven que yo ; su nombre se conserva puró como la primera flor primaveral, en tanto que seria preciso hacer revivir en Inglaterra el mio, puesto ya bajo el imperio de la muerte. Lo sé, Lucila tiene un alma suave y cándida, y si he de juzgar por su infancia, puede ser capaz de entenderos amándoos. Osvaldo, sois libre ; cuando lo deseéis, se os restituirá vuestro anillo.

Acaso quereis saber ántes de decidir os cuanto padeceré si me abandonéis : lo ignoro : á veces se levantan dentro de mi alma movimientos tumultuosos, mas fuertes que mi razon, y no seria delincuente si semejantes movimientos me hiciesen enteramente

insoportable la vida. Tambien es cierto que tengo muchas facultades para ser feliz, y tal vez siento dentro de mí como una fiebre de pensamientos que hace circular la sangre con mas velocidad. Todo me interesa ; hablo con placer ; disfruto deliciosamente del talento de los demas, del interes que me manifiestan, de las maravillas de la naturaleza, y de las obras del arte que no ha herido de muerte la afectacion. ¿ Pero estará en mi mano vivir no viéndoos ? Juzgadlo vos, Osvaldo ; me conoceis mejor que yo misma ; no soy responsable de lo que podré sentir ; quien clava el puñal es quien debe saber si es mortal la herida : mas cuando lo fuese, Osvaldo, debiera perdonárosla.

Mi felicidad depende absolutamente de la pasion que hace seis meses me habeis mostrado : desafiaria todo el poder de vuestra voluntad y de vuestra delicadeza á engañarme sobre la alteracion mas leve de esta pasion : apartad en este punto toda idea de deber ; no conozco promesa ni garantía para el amor. Sola la divinidad puede hacer renacer una flor cuando la ha marchitado el viento. Una voz, una mirada vuestra bastarian para darme á entender que vuestro corazon no era el mismo, y aborreceria cuanto pudiérais ofrecirme en lugar de vuestro amor, de ese rayo divino, mi celestial auréola. Sed, pues, libre ahora, Osvaldo, libre cada dia, y libre tambien aun cuando fuéseis mi esposo, porque si cesáseis de amarme, yo os libertaria muriendo

de los lazos indisolubles que os uniesen conmigo.

Luego que hayais leído esta carta, quiero volver á veros ; mi impaciencia me conducirá hácia vos, y al miraros sabré mi suerte; la desgracia es veloz, y el corazon, aunque tan débil, no debe engañarse en las funestas señales de un destino irrevocable. Adios.

LIBRO DÉCIMOQUINTO

LA DESPEDIDA DE ROMA Y EL VIAJE A VENECIA

CAPITULO I

Con profunda sensacion leyó Osvaldo la carta de Corina. Agitábale una mezcla confusa de diversas penas ; ora ofendido de la pintura que hacia de una provincia de Inglaterra, y pensando entre sí con despecho que jamas podia semejante mujer ser feliz en la vida doméstica: ora compadecido de sus pesares, y sin poder ménos de amar y admirar la franqueza y la sencillez de su narracion. Sentíase tambien celoso de los afectos que habia tenido ántes de conocerle, y cuanto mas procuraba disimularse á sí mismo aquellos celos, mas le atormentaban ; en fin, la parte que su padre tenia en su historia le